

Claves históricas del cambio religioso, eclesial, en España.

Juan María Laboa

El cambio social, cultural y religioso en la España de finales del siglo XX y comienzos del XXI está resultando espectacular, trepidante y desconcertante. La rapidez y la radicalidad con la que están cambiando hábitos y costumbres, fidelidades y tradiciones constituyen un reto para encontrar motivos y razones que, de alguna manera, expliquen el proceso y la situación actual. El tema exigiría un estudio extenso y pormenorizado. En estas líneas sólo pretendo ofrecer algunos puntos de reflexión en forma de esquema que puede, fácilmente, ser ampliado y profundizado.

1º. Hay que partir de la convicción de que España, ya desde el siglo XIX, era menos unánimemente religiosa, más anticlerical y más plural de lo que habitualmente se admite. La afirmación de que España era uniformemente religiosa hasta el Vaticano II constituye una falsedad que puede ser rebatida sin esfuerzo. Bastaría tener en cuenta las afirmaciones de los misioneros populares más conocidos de la primera parte del siglo XX, Peiró y Sarabia, sobre la ignorancia religiosa del pueblo español y la pobre práctica de gran parte de los españoles¹. Desde el siglo XIX grandes masas no eran practicantes o solo rutinaria y desenfadadamente practicantes. Las manifestaciones de anticlericalismo popular fueron constantes y, a veces, sangrientas.

2º La aparente unanimidad religiosa durante el franquismo constituyó, en realidad, un espejismo que ocultaba el salvaje anticlericalismo que se había manifestado durante la guerra civil. Los obispos se esforzaron por conseguir la restauración de un orden unitario y total que se pretendió contraponer, por una parte, a la división y desafección anterior y, por otra, a la "modernidad", siempre temida, pero no claramente explicitada. Sobre todo en los años cuarenta, la

¹ R. Sarabia, " España...¿es católica?. Charlas de un misionero; F. Peiró, "El problema religioso-social de España" ; Victor M. Arbeloa, "Aquella España católica".

restauración totalitaria y triunfalista de la religiosidad popular de masas pareció no tener en cuenta las causas más profundas del abandono religioso y las expresiones anticristianas de la persecución religiosa. A menudo se tranquilizaba la conciencia buscando sus causas en la perversión de la masonería o en otras, también, externas a las circunstancias intraeclesiales. No faltaron, sin embargo, llamadas de atención de clérigos y laicos, que no fueron suficientemente atendidas.

3º El cambio, sin embargo, inició sus pasos antes del Vaticano II y, naturalmente, se manifestó con espectacularidad tras el concilio. "A comienzos de los años cincuenta se produce un viraje en amplios estratos de la vida española. Los nombres y acontecimientos se aglomeran e interfieren, abriendo una nueva etapa y concluyendo el período de postguerra", escribe el sociólogo Orensanz². "Los millones de españoles que han pasado de la cultura agraria a la urbana han ido perdiendo su visión tradicional del mundo y han entrado a formar parte de la cultura industrial y urbana" se afirmó en la conferencia de Sociología religiosa de 1975³, y el concilio Vaticano II señaló, de manera más general, que "El género humano se halla hoy en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero"⁴.

4º El llamado **Proceso de autocrítica** explica el temprano examen de conciencia de muchos cristianos conscientes de que había mucho que cambiar en los métodos y manifestaciones de la pastoral y de la presencia de la Iglesia en la sociedad⁵. Los intelectuales católicos liberales fueron ya en los años cincuenta una fuerza de renovación y sensibilidad cultural de primer orden en el horizonte cultural español. Recordemos los nombres de Laín, López Aranguren, Jiménez Lozano, Sagarmínaga, Lamberto de Echeverría, Javierre, Díaz Alegría y tantos otros, las revistas "Alfárez", "Signo", "Incunable" "Abside", "El Ciervo", "Questions de vida cristiana", "Cuadernos para el Diálogo", y las importantes y significativas Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián o las Conversaciones de Gredos. En todas ellas encontramos la viva conciencia de que se había abierto una nueva época que comprometía a la Iglesia a un examen y consiguiente cambio

² A. L. Orensanz, "Religiosidad popular española (1940-1965)". Madrid 1974, p.23.

³ "El cambio religioso en España". Trabajos de la XIII Conferencia de Sociología Religiosa. Madrid 1975, p.23.

⁴ "Gaudium et Spes", nº4.

⁵ J.MªGarcía Escudero, "Mis siete vidas". Barcelona 1995.

profundo.

Resulta imprescindible conocer y comprender los inicios del cambio y los intentos de renovación que comenzaron a producirse a trancas y barrancas en la comunidad creyente española años antes de la celebración del concilio. Esta inquietud y deseo de abrir cauces nuevos explican la entusiasta recepción del concilio en nuestro país y el activo compromiso y participación del clero y del laicado, antes de estrellarse en la crisis de la Acción Católica de 1966⁶, en la renovación de la Iglesia y del mundo intelectual y sindical.

Sin embargo, los dos estudios de una cierta relevancia aparecidos últimamente ponen en sordina el relieve de los católicos en este campo⁷. Este es un tema que conviene estudiar. No fueron, ciertamente, todos los que se mostraban, pero, indudablemente, fueron más de los que aparecen. Por deber de justicia, por la conveniencia de conocer por qué hemos llegado hasta aquí y por la necesidad de aportar la verdad que revise y complete la historiografía actual, hay que conocer mejor nuestro pasado.

No cabe duda de que este es un tema crucial. Las relaciones entre el cambio religioso y eclesial y la reconstrucción de una cultura abierta y crítica, ya desde el primer franquismo y, sobre todo, a partir de los años sesenta, es una de las parcelas más significativas que desde la Iglesia debe trabajarse para conseguir una visión real de la España de la segunda mitad del siglo XX, que llega hasta la difícil coyuntura actual. No ayuda a esta clarificación el interés por ningunear la aportación de los católicos o la insistencia en mostrar sólo sus aspectos más problemáticos.

5º El tema social, tan importante y conflictivo en el catolicismo del último siglo, dió un vuelco importante. Ignacio Fernández de Castro, Alfonso Carlos Comín, Juan Nepomuceno García-Nieto y tantos otros rompieron la ecuación de "religión y catolicismo igual a orden burgués y capitalismo"⁸. Cristianos por el socialismo, los diversos intentos de diálogo cristianismo-marxismo, la reunión del Escorial de 1973, donde Álvarez Bolado reunió a los representantes más significados de la teología americana,

⁶ F. Montero, "La Acción Católica y el franquismo. Auge y crisis de la Acción Católica Especializada en los años sesenta". Madrid 2000.

⁷ J. Gracia, "La resistencia silenciosa". Madrid 2004; J.P. Fusi, "Un siglo de España. La cultura". Madrid 1999.

⁸ J. Bada, "La izquierda, ¿de origen cristiano?". Zaragoza 1979.

que dieron a conocer a Europa la teología de la liberación⁹, la HOAC, con Roviro y Malagón, la JOC, las proyecciones españolas de los curas obreros franceses, la Misión Obrera" de los jesuitas, son otras tantas expresiones de una creatividad evangelizadora inquietamente generosa. Se trataba de una Iglesia activa y participativa, con una presencia relevante de laicos: Comunidades Cristianas Populares, Cristianos por el socialismo, Justicia y Paz, Caritas y muchos otros grupos no siempre fáciles de encuadrar, pero con indudable sustancia religiosa. Esta fue una de las causas que hicieron posible la progresiva aceptación de una Iglesia que, para no pocos, se había hecho odiosa por su íntima relación con la prolongada dictadura o era desconocida por la unilateral propaganda anticlerical. Es, también, una de las razones de por qué hoy, a penas, encontramos anticlericalismo social.

6° Los obispos españoles y el Vaticano II constituyen un tema importante para el conocimiento de la realidad española, más allá de la historia concreta del concilio, porque explica bien su cercanía acrítica y ahistórica al régimen de Franco, su anacrónica eclesiología, su planteamiento cultural tan alejado del que imperaba en Europa, su alejamiento de las aspiraciones y proyectos de los jóvenes españoles. En este sentido, creo que podemos afirmar que no sólo complicaron y retrasaron la recepción del concilio sino que, también, están en el origen del vuelco de carácter actual.

7° La función del clero en una sociedad tan clerical no sólo resulta relevante sino decisiva. Uno de los fenómenos más significativos de la segunda parte del siglo XX fue la evolución del talante y de la consideración de los sacerdotes. En la encuesta al clero de 1968 encontramos manifestada la aguda crisis de los sacerdotes españoles que, evidentemente, no fue causada por el concilio sino por los cambios de la sociedad, por la incapacidad de ubicarse adecuadamente en ella, por la deficiente formación recibida y, posiblemente, porque nuestros obispos no supieron acoger y respaldar debidamente a tantos sacerdotes desconcertados o ansiosos de renovarse. De los resultados de la encuesta se deduce que, entre los problemas que les afectaban, sus mayores dificultades se referían a la identificación personal con la Iglesia, la indeterminación de lo que significaba ser sacerdote, la validez de los estudios eclesiásticos, la vida espiritual, el celibato sacerdotal, las relaciones con la jerarquía y su actitud de rechazo de las íntimas relaciones de la Iglesia con el régimen político

⁹ AA.VV., "Fe cristiana y cambio social en América Latina". Salamanca 1973.

imperante.

La inmensa mayoría de los encuestados valoraba muy positivamente el concilio, criticaba la formación recibida en los seminarios, pensaban que sus estudios teológicos no les ayudaban a afrontar los problemas de su tiempo, se sentían inseguros teológicamente, aunque pocos manifestaban tener problemas serios de fe; expresaban su interés y favor por las ideas más avanzadas tanto en el campo social como filosófico y eclesial; aparece claramente su rechazo a la situación político-eclesiástica y aspiraban a una nítida separación de la Iglesia y el Estado; su visión de los organismos diocesanos era muy crítica y rechazaban el modo tradicional de ejercer la autoridad. A través de la encuesta se constata con claridad que el clero se encontraba en un difícil y angustioso estado de indefinición, de transición de un status social a otro que aún no estaba claro ni definido. Esta situación favoreció el mantenimiento de un ambiente de inseguridad e inestabilidad incómodo y peligroso. No puede explicarse lo que ha sucedido en la Iglesia española de los últimos decenios sin tener en cuenta este estado de cosas.

El clero estaba dividido entre los más conservadores, como la Hermandad Sacerdotal, el grupo Almudena de Madrid y otros grupos diocesanos y aquellos que de distinta manera eran conscientes de la necesidad de un cambio profundo y general. A esto hay que añadir la secularización de numerosos sacerdotes, un fenómeno inédito en la historia de la Iglesia, siempre perturbador y desconcertante para los fieles y para los mismos sacerdotes.

En los últimos veinte años, se ha apoderado de buena parte del clero un desánimo que marca su vida y su acción, acompañada de una cierta marginación activa y pasiva de cuantos han pensado de otra manera de la oficial. Parece que no se ha afrontado la necesidad de elaborar un nuevo modelo de sacerdote, que responda a la sicología del sujeto y a las necesidades del momento. Por el contrario, el modelo actual consistente en llevar vaqueros con tirilla, es, de hecho, menos espiritual que el de las generaciones precedentes, pero manifiesta una rotunda fidelidad acrítica al papa y a la jerarquía, al menos, si van de acuerdo con su línea. No son mejores, pero, aparentemente, resultan más controlables.

8º No podríamos comprender la situación actual si no tuviéramos en cuenta algunos temas transcendentales de nuestra historia reciente que únicamente voy a enumerar. Me refiero a la valiente postura que adoptó Pablo VI con la Iglesia española, dispuesto a liberarla de sus condicionamientos políticos. Para ello fue nombrando una

nueva jerarquía, liderada por el cardenal Tarancón. Años más tarde, Juan Pablo II cambió de línea y creó otra jerarquía cuyos frutos disfrutamos ahora.

La recepción del concilio en España tuvo su punto simbólico en la Asamblea Conjunta, verdadera puesta a punto del clero español. La combinación de algunas instituciones españolas y algunos órganos de la curia romana hicieron fracasar inmisericordemente un momento apasionante de la Iglesia española¹⁰. ¿Quiénes forzaron el cambio y agostaron tantas ilusiones? En cualquier caso, de aquellos polvos estos lodos. Lo que creo que se puede afirmar con serenidad es que en estos veinte últimos años no parece que se ha mejorado ni conseguido mucho tanto en el ámbito espiritual como evangelizador.

9º La crisis de las universidades eclesiásticas, de las Facultades de teología y de los seminarios señalaron con trazos gruesos los problemas del momento. La pérdida de la juventud en seminarios, claustros y movimientos de AC está siendo, hasta el momento, irreparable. No parece que se ha encontrado en el ámbito diocesano y parroquial motivos para ilusionarlos ni encuadrarlos en organizaciones propias. La alternativa conservadora de movimientos apoyados por la Jerarquía, en este momento situados en lo alto del celemin eclesiástico, parece que tiene un radio de acción limitado y con poca capacidad de evangelización más allá de su propia grey. Por otra parte, no se ha ofrecido a la mentalidad más abierta de esta juventud unas organizaciones que, junto al desarrollo de su experiencia religiosa, fueran capaces de una presencia y colaboración activa e ilusionante en el necesario y ambicionado cambio de la sociedad.

10º Política y religión han constituido un binomio inseparable en la historia española y sus relaciones han marcado también los últimos decenios.

La Asamblea Conjunta señaló, con gran disgusto del mundo político y de no pocos religiosos, la necesidad de reconciliación entre los españoles, y el número 34 de sus resoluciones constituyó una sincera petición de perdón y el inicio de una nueva postura ante la guerra civil y, sobre todo, la posguerra¹¹.

¹⁰ Juan María Laboa, "La Asamblea Conjunta. La transición de la Iglesia española", XX Siglos, 50 (2001), pp. 4-33.

¹¹ "Reconocemos humildemente y pedimos perdón porque no siempre no siempre supimos ser verdaderos ministros de reconciliación en el seno de nuestro pueblo, dividido por una guerra entre hermanos".

El grupo Tácito constituyó un buen ejemplo de laicos católicos dispuestos a estar presentes en la elaboración de una política democrática y de una presencia nueva de la Iglesia en la sociedad.

La decisión de Tarancón de no respaldar a la Democracia Cristiana tuvo como objetivo una Iglesia no identificada con una política concreta, más libre de los condicionamientos del pasado, aunque, tal vez, se produjo una consecuencia no deseada ni prevista, la desmotivación de muchos católicos para actuar en política como tales católicos.

De hecho, el apoyo a los socialistas en las elecciones de 1982, sin ninguna contrapartida, por parte de los movimientos populares católicos y por buena parte del clero, desembocó en la desilusión por su política y por su anacrónico anticlericalismo. Además los numerosos católicos presentes en el partido socialista se diluyeron en el anonimato, incapaces de influir mínimamente desde sus valores en la política del gobierno.

En este tema, conviene tener en cuenta los documentos "Iglesia y comunidad política" (1973), la homilía de Tarancón del 27 noviembre de 1975 y "Cristianos en la vida pública" (1986).

Considero, también, relevante el tema de una nueva reflexión relacionada con la desaparición o marginación de tantos laicos que estuvieron encuadrados en organizaciones plurales, que se esforzaron por lograr una Iglesia más participativa y una sociedad mejor. En los años sesenta se procuró alentar y respetar una comunidad creyente más corresponsable, creativa y activa, una comunidad plural capaz de conectar y contraponerse a las sensibilidades presentes en la sociedad española. La situación posterior, que es la nuestra, ha dejado a la Iglesia inerte e incapaz de relacionarse de igual a igual con la sociedad civil. Un Estado moderno tiene fuerza y nervio interior cuando tiene una sociedad civil fuerte. Su equivalente en la sociedad eclesiástica es hoy casi inexistente. Esta es una de sus mayores debilidades.

11° El distanciamiento entre religión y sociedad aumenta según todas las encuestas y constituye un gravísimo problema. Gran parte de los españoles poseen una imagen distanciada y devaluada de la realidad eclesial. Probablemente nunca nuestra Iglesia ha gozado de menos prestigio que en nuestros días. En la reciente encuesta realizada por la Fundación BBVA con tres mil universitarios, cuando se les preguntó por su confianza en las instituciones, la Iglesia apareció como la décima, por

detrás de las empresas multinacionales, los medios de comunicación, los gobiernos nacional y autonómicos. Además, el 59,5% declaraba que nunca asistía a ceremonias religiosas, más allá de bodas y funerales. Naturalmente, las causas son variadas y muchas son exógenas. Los medios de comunicación y, de manera relevante, la campaña permanente de descrédito llevada adelante por el grupo Prisa y algunos adláteres tienen mucho que ver con dicha situación. Pero no podemos quedarnos satisfechos con un chivo expiatorio exterior, porque siempre seremos los católicos y la Institución los responsables principales.

Por otra parte, los españoles poseen, a menudo, una sesgada memoria histórica que ha olvidado el relevante papel de la Iglesia durante la Transición¹², olvido favorecido por autores interesados, pero, probablemente, también, por el aparente olvido de la misma institución eclesial.

La irrelevancia de la fe en nuestra sociedad tiene bastante que ver con la irrelevancia cultural de la Iglesia, situación que se contradice con la cantidad de instituciones universitarias y culturales propias de la Iglesia española, cuya identidad, a veces, no se manifiesta con la claridad necesaria.

Habría que añadir, también, un persistente masoquismo interno eclesial, desmesurado y autodestructivo, sólo compensado con la absoluta ausencia de autocritica presente en otra parte de la Iglesia.

12° En este sostenido y profundo cambio, ¿qué imagen de la Iglesia tienen los españoles? Históricamente, se han manifestado, fundamentalmente dos propuestas: la de D. Marcelo, Suquía y Rouco y la de Tarancón. Este último, con su famosa homilía del 27 noviembre de 1975 respondió al pensamiento de la mayoría de los católicos españoles, pero ha sido guillotinado por el integrismo español y romano. La actitud más integrista de la alternativa y la "torticolis" de la Jerarquía que tomó el relevo tras Tarancón no ha supuesto, de hecho, una mayor espiritualización de la Iglesia, sino, con frecuencia, su banalización y el anacronismo como alternativa. A esta situación ha ayudado, sin duda, la consideración del nuncio Tagliaferri y de algunos obispos más de que los sacerdotes postconciliares constituían una generación perdida, consideración que ha tenido como consecuencia una cierta marginación de estos sacerdotes, con el empobrecimiento consecuente. No pocos

¹² Víctor Pérez Díaz, "España puesta a prueba 1976-1996". Madrid 1996.

obispos, a menudo, marginados y congelados en su primera diócesis han continuado trabajando por su cuenta sin contar con el apoyo ni la comprensión del personal dirigente.

En nuestros días hay que añadir una clave para el análisis de la situación, la edad del clero, envejecido, sin que haya capacidad, por el momento, de encontrar repuesto. Esto tiene como consecuencia inevitable menor creatividad y audacia en el trabajo pastoral. Por otra parte, muchos fueron renovadores en su juventud, pero se anquilosaron o perdieron en el camino la ilusión y la esperanza de otros tiempos. El drama de una gerontología eclesial y de la huida juvenil empieza a tener consecuencias dramáticas. Por desgracia, esta disminución espectacular del clero no ha tenido como compensación una mayor confianza en los laicos.

Para afrontar inteligentemente el cambio de y en la sociedad española resulta imprescindible tener en cuenta lo acaecido a lo largo del último medio siglo, algunas de las decisiones impuestas, el desconocimiento de la realidad social española y de la misma Iglesia. Además convendría aceptar que lo que ha faltado y falta es genuina experiencia religiosa, que no puede suplirse ni con adhesión fanática a la Institución ni, evidentemente, situándose al margen de ella, porque no gusta o no cumple con lo que uno considera prioritario. A esto habría que añadir la falta de diálogo real y honrado entre las diversas mentalidades presentes y la falta de confianza que la autoridad eclesial muestra por una de estas mentalidades.